

Domingo XVIII ordinario/B

Ex 16, 2-4. 12-15; Sal 77,3 y 4bc. 23-24. 25 y 54; Ef 4, 17. 20-24; Jn 6, 24-35

Yo soy el pan de la vida

La lectura del evangelio es la introducción al discurso sobre el pan de vida que Jesús pronuncia en la sinagoga de Cafarnaún, allí lo busca la gente después de la multiplicación de los panes.

Jesús con el milagro de la multiplicación de los panes comienza un largo discurso sobre el pan de vida. A partir del hambre vulgar de la gente que acude a escuchar a Jesús, y a partir del pan que ha multiplicado, vamos a progresar hacia otra hambre y otro pan. Jesús pregunta: "¿Para qué alimento trabajan?". Dejémonos interrogar profundamente; nuestras hambres revelan lo que somos. Queremos comer, desde luego, pero queremos mucho más: conocer, contemplar cosas hermosas, amar, tener un trabajo interesante. Esas son nuestras hambres y los alimentos por los que trabajamos.

Hoy Jesús nos orienta hacia las hambres profundas, hacia el hambre de vivir intensamente y de vivir eternamente: "No se preocupen únicamente de las hambres pasajeras, sintamos en lo más íntimo de nuestro ser el hambre de una vida que no pasa".

Jesús sabe que lo siguen porque ha saciado el hambre de pan material y aprovecha la ocasión para poner al descubierto las intenciones de sus seguidores, dando el verdadero sentido a lo que ha realizado, orientándolos para que comprendan que él es el verdadero pan del cielo, y que es necesario trabajar para conseguirlo.

En nuestra vida cristiana puede suceder algo semejante, no siempre trabajamos, en ella, por ir al fondo, por tratar de penetrar el mensaje de Jesús para identificarnos con él; hay que dirigirnos a lo que realmente puede darnos la vida auténtica, para ello debemos abrirnos a la gran noticia: Dios quiere que compartamos su vida y trabajando por el alimento que perdura nos dejemos transformar abriéndonos a la realidad de un amor que comparte con los hermanos.

Toda esta propuesta nos exige poner la mirada en Jesús, necesitamos creer en él, orar y hablar con Dios, para vivir y transmitir esperanza, amor y vida, libertad y dignidad humanas. De otra forma, sólo el pan material, el tener y el gastar, nuestras vanas ambiciones, nos dejarán interiormente vacíos.

Nuestra hambre de Dios nos debe llevar a buscarle para evitar convertirnos en sujetos egoístas, insatisfechos e inmaduros. La proclama de Jesús: "Yo soy el pan de vida", debe abrir nuestros corazones para recibir el amor de Dios y compartirlo con los hermanos de manera afectiva.

Jesús les contestó y les dijo: en verdad, en verdad les digo que ustedes me buscan, no por los signos que han presenciado, sino porque han comido del pan que les di (Jn 6,26). Me buscan por la carne, no por el espíritu. ¡Cuántos hay que no buscan a Jesús más que por los beneficios temporales! ¿Quién sabe si nosotros, en secreto, no estaremos esperando signos mayores? Demuestra, Señor, que existes, que eres omnipotente, que la oración es escuchada, que los sacramentos producen su efecto. ¡Demuéstralo! ¡Haz signos! Quizás sea ésa nuestra hambre. Hambre de ventajas de la religión, hambre de lo maravilloso.

El pan es el símbolo de la vida. Jesús nuestro pan, Él es nuestra vida. Dios quiere que tengamos un hambre terrible de lo que él soñó para nosotros y para esa hambre nos da a Jesús. Este es el proyecto de Dios en el que hemos de entrar. Pero ¿cómo? Entramos en el proyecto de Dios cuando creemos en aquel que él ha enviado, cuando tenemos no ya unas pequeñas hambres, sino un inmenso deseo, y cuando creemos que Jesús es el pan de esta hambre.

Pero muchas veces, apenas se busca a Jesús por Jesús. Me buscan, no por los signos que han presenciado, sino porque han comido del pan que les di. Trabajen por el pan que no perece, sino que permanece hasta la vida eterna. Me buscan por algo distinto a mí, búsqüenme por mí mismo.

Señor, haz que caigamos en la cuenta de que nuestro alimento de cada día, aunque sea abundante, resulta insuficiente.

Haz que redescubramos el sentido del "alimento para vivir". Danos de nuevo el gusto del pan que es vida. Pan que es gratuidad, dignidad, libertad, valores del

espíritu. Palabra, conciencia. Haznos reconocer que sólo gracias al pan que tú nos das, que eres tu mismo, nuestra vida se puede llamar vida.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasoleidad.org/> (Con permiso a homiletica.org)